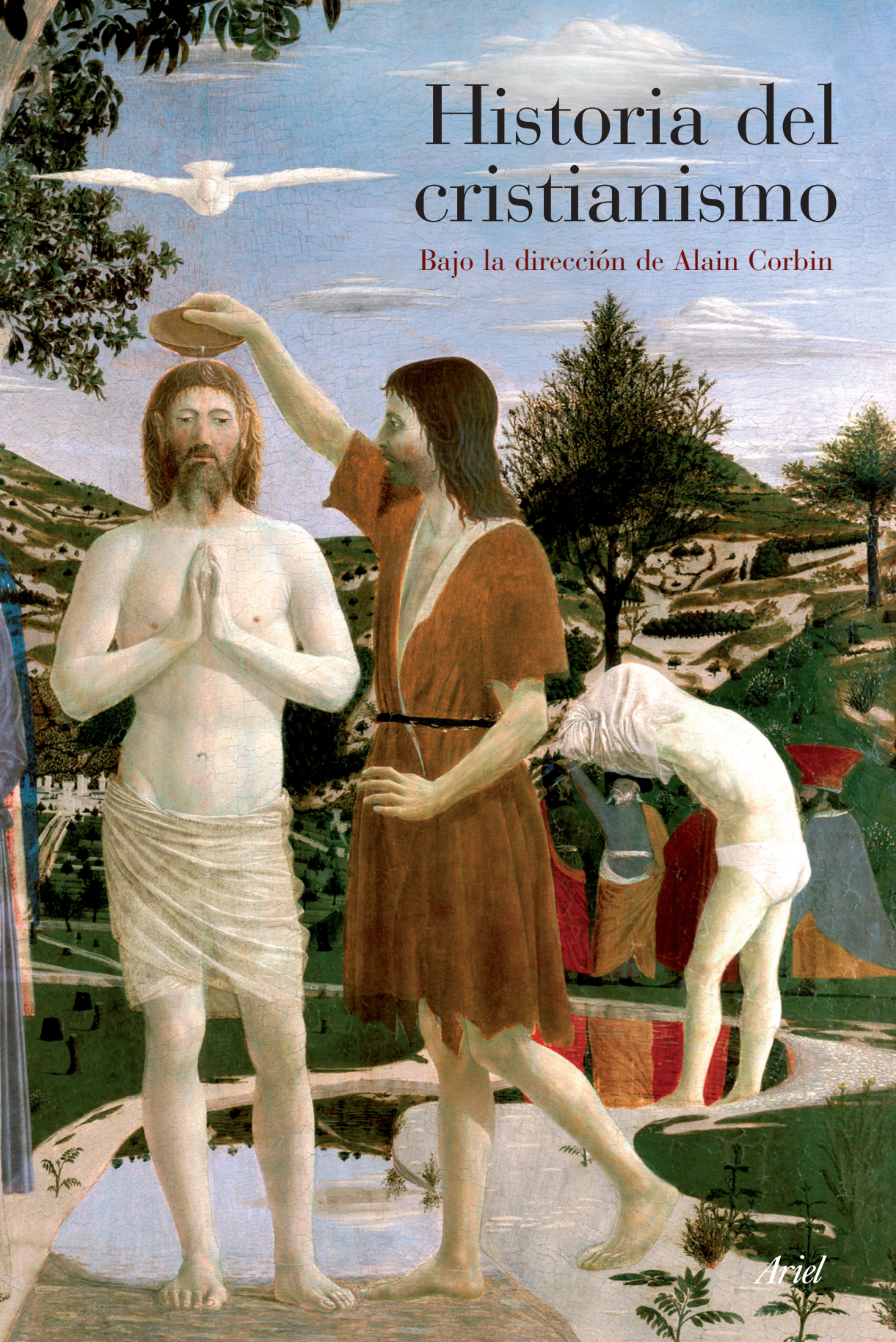


Historia del cristianismo

Bajo la dirección de Alain Corbin



Ariel

Historia del cristianismo

Para entender mejor nuestra época

Bajo la dirección de
ALAIN CORBIN

con
NICOLE LEMAITRE
FRANÇOISE THELAMON
CATHERINE VINCENT

Traducción de Isabel Margelí

Ariel

I

EMERGENCIA DEL CRISTIANISMO

Jesús de Nazaret: ¿profeta judío o Hijo de Dios?

¿Cómo se conoce la vida de Jesús?

Jesús habló, pero no escribió nada: no nos ha llegado ningún documento de su mano. Las fuentes documentales de las que disponemos, pues, son siempre indirectas. Pero también son múltiples. La más antigua es la correspondencia del apóstol Pablo, redactada entre los años 50 y 58, que expone la muerte del Nazareno por crucifixión y la fe en su Resurrección; por otra parte, el apóstol conoce una serie de «palabras del Señor» que utiliza (a veces sin citarlas) en su argumentación. A continuación vienen los Evangelios, en este orden de antigüedad: Marcos fue redactado hacia el año 65 sobre la base de tradiciones que se remontan a los años cuarenta; Mateo y Lucas fueron redactados entre los años 70 y 80 ampliando a Marcos; Juan data de 90-95. Estos escritos no son crónicas históricas, rememoran la vida del Nazareno, pero con una perspectiva de fe que presenta simultáneamente unos hechos y su lectura teológica. Evangelios más tardíos, ausentes del Nuevo Testamento y llamados apócrifos, heredaron a veces tradiciones no retenidas por los cuatro anteriores: sobre todo el Evangelio de Pedro (120-150), el Protoevangelio de Santiago (150-170) y el Evangelio copto de Tomás (hacia 150).

Las fuentes no cristianas son raras: los historiadores romanos no juzgaron el acontecimiento digno de ser contado. Pero un historiador judío, Flavio Josefo, presenta en sus *Antigüedades judías* esta reseña: «En aquella época hubo un hombre sabio llamado Jesús, cuya conducta era

buena; sus virtudes fueron reconocidas. Y muchos judíos y otras naciones se convirtieron en sus discípulos. Y Pilato lo condenó a morir crucificado...» (18, 3, 3). Más tardíamente, el Talmud judío presenta quince alusiones a «Yeshua» que hablan de su actividad como sanador y de su muerte por haber, según dicen, descarriado al pueblo (*Baraïtha Sanhédrin* 43a; *Abodah Zara* 16b-17a).

¿De qué podemos estar seguros?

La reconstitución de la vida de Jesús es objeto de minuciosas investigaciones literarias, pero, como ocurre con todos los personajes de la Antigüedad, las certezas absolutas son poco numerosas. No obstante, algunos hechos se pueden alegar con cierta seguridad.

Jesús nació en una fecha desconocida, que podría ser el año 4 antes de nuestra era (antes de la muerte de Herodes el Grande). Fue bautizado en el Jordán por Juan Bautista, del que se convirtió en discípulo antes de fundar su propio círculo de adeptos. A semejanza de Juan, aguarda la llegada inminente de Dios en la historia; comparte también la convicción de que, para salvarse, no basta con pertenecer al pueblo de Israel: es indispensable practicar el amor y la justicia. Hacia los treinta años de edad, Jesús es un popular predicador que obtiene cierto éxito en Galilea. Enseña con un lenguaje más sencillo que el de los rabinos (doctores de la Ley) de la época; sus parábolas recogen el marco familiar de sus oyentes (el campo, el lago, el viñedo) para expresar la sorpresa de un Dios cercano y acogedor. Simplifica la obediencia a la Ley centrándola, como otros rabinos antes que él, en el amor al prójimo. Sus numerosos actos de sanación muestran que era un sanador talentoso y apreciado. Junto con su grupo de adeptos, lleva una vida itinerante; el grupo recibe alimento y cobijo en los pueblos donde se detiene. Además de un círculo cercano de doce galileos, lo acompañan otros hombres y mujeres que comparten sus enseñanzas cotidianas.

Su subida a Jerusalén será la causa de su perdición. En el Templo comete un acto violento, un gesto profético, que le granjeará la hostilidad de la élite política de Israel: derriba los puestos de los vendedores de animales para el sacrificio, tal vez para protestar contra la multiplicación de los ritos que se interponen entre Dios y su pueblo. Por insti-

gación del partido saduceo, se decide entonces denunciar a Jesús ante el prefecto Poncio Pilato por agitación popular. Presintiendo que la hostilidad lo arrollaría, Jesús se había despedido de sus amigos en el curso de una última comida (la Santa Cena), donde instauró un rito de comunión con su cuerpo y con su sangre: el pan partido y la copa de la que todos bebían simbolizaban su muerte próxima y apelarían a su recuerdo. Después de su arresto, facilitado por un discípulo, Judas, Jesús fue presentado ante el prefecto, condenado a muerte y entregado a unos legionarios que lo clavaron en una cruz. Su agonía sólo duró unas horas, cosa que sorprendió a Pilato; el hombre de Nazaret debía de ser de constitución débil. Poco después de su muerte corrió el rumor de que sus discípulos lo habían visto con vida y Dios lo había llamado con él.

Un reformador de Israel

Jesús de Nazaret no tenía intención de crear una religión aparte. Su ambición era reformar la fe de Israel, lo que está simbolizado por el círculo de los doce íntimos que lo siguen. Esos hombres representan simbólicamente el pueblo de las doce tribus, la nueva Israel con que sueña Jesús. Él quería reformar la ley judía, pero fracasó; ¿por qué?

Jesús era un místico, dotado de una fuerte experiencia de Dios. A sus ojos, Dios era cercano a los humanos; tanto, que para rezarle bastaba con decirle «papá» (*abba* en arameo). Sus palabras y sus gestos están marcados por un sentimiento de irrefrenable apremio. La sola llamada a seguir a Jesús ya sacude las solidaridades más intocables: nada de despedirse de la propia gente ni de cumplir los deberes fúnebres con el propio padre (Lc 9, 59-62). Este atentado a los ritos funerarios y a los deberes familiares debió de considerarse totalmente indecente. Otra señal de apremio: la necesidad de anunciar el Reino de Dios urge hasta el punto de que los discípulos reciben la orden de salir a dar su testimonio sin llevarse bolsa ni sandalias, y de no saludar a nadie por el camino (Lc 10, 4).

Su transgresión del descanso sabático resultó igual de insólita. Jesús sanó en varias ocasiones en el día del sabbat y, para justificarse, reivindica la imperiosa necesidad de salvar una vida (Mc 3, 4). Cuando Jesús comenta la Torah (la Ley), que es la compilación de los mandatos divinos, el imperativo del amor al prójimo desvaloriza cualquier

otra prescripción; incluso el rito sacrificial en el Templo de Jerusalén debe interrumpirse ante la exigencia de la reconciliación con el adversario (Mt 5, 23-24). En definitiva, tanto la sanación como la lectura de la Torah participan de un estado de urgencia provocado por la inminente llegada de Dios. Jesús tiene la convicción de preceder por poco la llegada de Dios, que, mediante su juicio, suprimirá toda causa de sufrimiento y reunirá a los suyos a su alrededor. Desde este momento, lo único que importa es llamar a la conversión.

Opciones insólitas de solidaridad social

Los Evangelios y el Talmud judío coinciden en mencionar la insólita libertad que manifestó Jesús en sus relaciones. Jesús se mostró solidario con todas las categorías sociales marginadas por la sociedad judía de la época, ya fuera por desconfianza social como por recelo político o por discriminación religiosa. La acogida que reserva en su grupo para las mujeres, los enfermos y los marginados fue todo un escándalo; en efecto, él considera que las reglas de pureza, que prohíben cualquier contacto con ellos, se oponen al perdón que Dios ofrece. «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mc 2, 17). Jesús no comparte el ostracismo que afecta a los recaudadores de impuestos por razones políticas y a los samaritanos por motivos religiosos. Admite a mujeres en su entorno (Lc 8, 2-3), rompiendo con la descalificación religiosa que éstas sufren. Deja que los enfermos se acerquen y lo toquen, reintegrándolos con sus curaciones en el pueblo santo. Se dirige a la población del campo, a ese «pueblo de la tierra», censurado por los fariseos por su incapacidad para satisfacer el código de pureza y pagar los diezmos requeridos sobre cualquier producto.

La comida de Jesús con los réprobos y las mujeres de mala vida constituye la muestra más severa de ese rechazo a los particularismos (Mc 2, 15-16). Esas comidas no sólo señalan una opción de tolerancia social y religiosa, sino que anticipan el banquete de fin de los tiempos, englobando desde ahora a todos aquellos que en el futuro serán acogidos en el Reino de Dios. La comensalía con los desplazados anuncia la esperanza de Jesús en un Reino que se ancla en la sociedad de su tiempo, esperanza que contradice la estructura compartimentada que el orden religioso basado en la Torah y el Templo habían construido en

la sociedad judía. Este ataque contra la estructura de la piedad judía, juzgado blasfemo, y su apertura a los desplazados, atrajeron contra Jesús la animosidad mortal de las autoridades religiosas de su época.

La fe en el Mesías

¿Jesús se declaró Mesías o Hijo de Dios? Si dejamos a un lado el Evangelio de Juan, que es una recomposición teológica tardía de la tradición de Jesús, los Evangelios más antiguos nunca ponen en boca de Jesús ninguna declaración sobre su identidad formulada en primera persona. ¿Qué dice de mí la multitud?, pregunta a sus discípulos; y luego: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» (Mc 8, 29). Él, respecto a su identidad, calla. El único título que los primeros evangelistas colocan en sus labios es «Hijo del hombre», antiguo título de aquel cuya llegada espera Israel, desde el profeta Daniel, sobre las nubes del cielo... Jesús se solidarizó con aquel ser celeste procedente de Dios. Se comparó con él hasta identificarse.

En cambio, los títulos de «Hijo de Dios», «Mesías» e «Hijo de David» se los atribuyeron los primeros cristianos. No hay motivo para sorprenderse. Jesús evitó apropiarse del título de Mesías, probablemente porque estaba preñado de expectativas nacionalistas y de una dimensión de poder violento que él no deseaba. Tras su muerte, sus adeptos tomaron conciencia de lo que significaban su advenimiento y sus acciones y pusieron un nombre a aquello que Jesús había dejado en suspenso. Es decir, que Jesús no *dijo* lo que era, sino que *hizo* lo que era. Decirlo es algo que toca hacer al creyente en su confesión de fe. El acontecimiento de la Pascua, que los cristianos llaman la Resurrección, se puede entender como esa iluminación que conocieron sus amigos, poco después de su muerte, al percatarse de que Dios no estaba del lado de los verdugos, sino que se solidarizaba con la víctima colgada del cadalso. La Pascua es el acontecimiento visionario en que los amigos de Jesús se dieron cuenta de que lo que habían recibido de él y lo que habían vivido con él procedía de Dios mismo; entonces proclamaron: «Dios le ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de su resurrección» (Hch 3, 15). Los primeros discípulos anunciaron enseguida que Dios había rehabilitado a Jesús devolviéndolo a la vida y esta creencia, reafirmada con el transcurso de los siglos, es capital para la comprensión de la historia del cristianismo.

En el seno de la primera alianza El entorno judío

El judaísmo de la época de Jesús está lejos de ser monolítico. Repartido entre el antiguo reino de Judá, con Jerusalén por capital, y una importantísima diáspora desde Babilonia al Mediterráneo occidental, en la misma Judá, se divide en varias corrientes.

La aparición de distintas corrientes

No sabemos casi nada del judaísmo del Judá de la época del Segundo Templo, entre el retorno del exilio de Babilonia (edicto de Ciro, 538 a.C.) y la rebelión de los macabeos que estalla bajo la dominación del rey seléucida de Siria, Antíoco IV Epífanes.

Durante tan turbulento período, el sacerdocio supremo había sido arrebatado a la dinastía legítima. Judas Macabeo logró restablecer en 164 a.C. el culto del Templo, interrumpido durante tres años. Después de su muerte, su hermano Jonatán, aprovechando las batallas de sucesión sirias, amplió su territorio y en 152 a.C. obtuvo el gran sacerdocio. Su hermano Simón y luego el hijo de éste, Juan Hircano, le suceden en la doble función política y religiosa. Por último, a partir de 104 a.C., Judas Aristóbulo y después su hermano Alejandro Janeo (103-76 a.C.) suman oficialmente realeza y sacerdocio en la dinastía llamada «hasmonea».

En este contexto aparecen las divisiones que todavía sacudirían el judaísmo de Judá durante más de un siglo y medio. El historiador judío Flavio Josefo (37-95/100 a.C.) menciona tres corrientes a partir de la época de Jonatán: saduceos, fariseos y esenios. A juzgar por su nombre, los saduceos parecen encomendarse a Sadoc, el gran sacerdote de

tiempos de Salomón, fundador de la única dinastía sacerdotal legítima. Los fariseos son, literalmente, los «separados», los «disidentes»; pero, ¿de quién? Los esenios llevan una vida monacal al margen de la sociedad. Si en efecto es una parte de su literatura propia lo que se encontró en Qumrán entre los manuscritos del mar Muerto, el fundador de su «secta», el «maestro de justicia», habría sido perseguido por un «sacerdote impío» en el que muchos eruditos quieren reconocer a Jonatán, usurpador del pontificado.

Las tres corrientes de la época hasmonea también se distinguen por divergencias políticas. Los saduceos, que al principio se oponían a la dinastía, acabaron por sumarse a ella. Los fariseos, sin duda surgidos de aquellos hombres piadosos (asideos o *hasidim*) que habían combatido del lado de Judas Macabeo, manifiestan su hostilidad ante la acumulación de las funciones bajo Juan Hircano. Durante el reinado de su hijo y sucesor, Alejandro Janeo, son severamente perseguidos. No obstante, éste, consciente de la creciente influencia que ejercen en el pueblo, lega el trono, antes de morir, a su esposa Salomé Alejandra (76-67 a.C.), aconsejándole que gobierne con los fariseos.

Las tensiones entre fariseos y saduceos desempeñan un papel importante en la disputa entre los dos hermanos, Hircano II y Aristóbulo II, que Pompeyo aprovecha en 63 a.C. para instaurar un control más o menos directo por parte de Roma sobre Judá. Cuando Herodes, hijo del consejero idumeo de Hircano II, Antípater, sube al trono de Judea gracias al apoyo romano, los fariseos se encuentran en la oposición.

En el año 6, cuando Roma impone su dominación directa, aparece una «cuarta filosofía», que más tarde inspira a sicarios y zelotas, motores de la revolución contra Roma que desemboca en la destrucción del Templo en el año 70.

Además, otros grupos hacen apariciones fugaces en la obra de Josefo: los que siguen diferentes líderes aparecidos después de la muerte de Herodes, los que acompañan al desierto a predicadores exaltados que anuncian milagros, los que responden a la llamada de Juan el Bautista y se sumergen en el Jordán para lavar sus pecados... Josefo también menciona, en un célebre fragmento conocido con el nombre de *testimonium Flavianum*, a un «hombre sabio» «hacedor de milagros», llamado Jesús, en el origen de un nuevo grupo, los «cristianos», por el griego *crístos*, que corresponde al hebreo *mashiah*, «ungido», de donde «mesías».

Prácticas y creencias

Sobre las prácticas y creencias que distinguían a algunos de estos grupos, nuestra fuente principal sigue siendo Flavio Josefo. También se puede obtener alguna información del Nuevo Testamento, a pesar de la polémica presentación de los fariseos y saduceos que allí encontramos. En cuanto a los esenios, son igualmente conocidos por el filósofo judío Filón de Alejandría (20 a.C.-50 ?), pero tanto los Evangelios como las fuentes rabínicas los ignoran. Además, hay toda una literatura judía no canónica, transmitida sobre todo por la Iglesia en diversas traducciones, que atestiguan la fuerza de la corriente apocalíptica, bien representada en Qumrán.

La principal discordia entre saduceos y fariseos se refiere a la «ley oral» desarrollada por los segundos: «Los fariseos habían introducido en el pueblo muchas costumbres que conservaban de los antiguos, pero que no estaban inscritas en las leyes de Moisés y que, por esta razón, la secta de los saduceos rechazaba, afirmando que sólo había que considerar como leyes aquello que estaba escrito» (*Antigüedades judías*, XIII, 297).

Todas las corrientes judías se apoyaban en los mismos textos sagrados hebreos cuyo corpus estaba ya constituido. Los fariseos tenían fama de ser los mejores intérpretes de los textos y velaban más que los demás por instruir a la juventud. Los más sabios recibían el título de rabino («maestro»), aplicado también a Jesús en los Evangelios. Mientras que el Evangelio de Mateo, escrito después del año 70 en un ambiente de polémica entre judíos y judeocristianos, les es especialmente hostil, Josefo, que había examinado las tres corrientes principales, opta por el fariseísmo e insiste en la elevada moral y la afabilidad que lo caracterizan. La popularidad de los fariseos obligaba a los saduceos a seguir sus usos en el Templo «porque, de otro modo, el pueblo no los aguantaría» (*Antigüedades judías*, XVIII, 17).

Al presentar las tres corrientes principales del judaísmo de antes del año 70 como tres «filosofías», Josefo vuelve sobre la cuestión de la libertad humana. Los saduceos la afirman completa; los esenios, al contrario, defienden la predestinación; y los fariseos concilian ambas doctrinas. Cada uno de estos grupos debía apoyarse en argumentos de las

escrituras fáciles de encontrar. Los esenios tenían fama de saber predecir el futuro, cosa nada sorprendente si consideramos que todo está escrito. Comentarios de profetas hallados en Qumrán nos permiten descubrir una técnica de exégesis, el *peshet*, que ve en el presente el cumplimiento de las profecías antiguas.

La cuarta corriente, nacida el año 6, en el momento del censo impuesto por los romanos a las regiones –Judea, Samaria e Idumea– que acababan de perder su independencia, sigue la doctrina farisea, pero proclama: «Dios es el único maestro». Animada por la convicción de estar luchando por el advenimiento del reino divino, ofrece la resistencia más encarnizada al poder romano.

Las ideas propagadas por la literatura apocalíptica podrían haber influido en sicarios y zelotas. Grandes imperios se habían sucedido, pero ahora el reino de Dios estaba próximo. El Libro de Daniel, compilado durante la rebelión de los macabeos, describía, junto a Dios, a un «hijo del hombre» que representaba «el pueblo de los santos del Altísimo». El Libro de Henoc lo convierte en una figura individual soteriológica. Tras la decepción originada por la dinastía hasmonea y el reinado de Herodes, la gente empezó a soñar con un verdadero rey legítimo, descendiente de un David idealizado que recibiría la unción real. La espera de un «ungido» o «mesías» se superpuso así a la de un «hijo del hombre».

Este ambiente de fervorosa espera, reforzada por las desgracias de la época, puede explicar la activa búsqueda de pureza que encontramos bajo formas distintas en los fariseos, observadores de la Ley, en Juan Bautista, que mediante la inmersión ofrece la purificación física y moral, y en los esenios, que, en su gran mayoría, prefieren el celibato y viven en comunidad, en una estricta ascesis. Todos estos grupos, a diferencia de los saduceos, comparten la creencia en la resurrección. Dicha creencia, difícil de fundamentar escriturariamente (de ahí la burla de los saduceos expresada en los Evangelios sinópticos), sólo se hace explícita en el Libro de Daniel (12, 2) y en el Libro segundo de los Macabeos. En la doctrina farisea que la propaga, es esencial para asegurar que la justicia se manifieste en el «mundo por venir» vinculado con el Juicio Final anunciado por los profetas. Este aspecto consolador explica en gran medida la popularidad del fariseísmo. La creencia en los ángeles y en los demonios

también se había desarrollado mucho entre los fariseos y los esenios, pero era rechazada por los saduceos.

Las enseñanzas de Jesús tal como están descritas en los Evangelios concuerdan en varios puntos con la doctrina farisea y apuntan a su reforma por encima de otras. Desde los descubrimientos de Qumrán, el «maestro de justicia» se ha visto a veces como una prefiguración de Jesús, y como mínimo se toma a menudo a Juan Bautista por un esenio. Sin embargo, todas las descripciones antiguas del esenismo nos muestran a un grupo que vivía de forma aislada, mientras que Juan y Jesús predicaban ante la multitud.

Entre los que creían en la resurrección, los ángeles y los demonios y los que no creían, los que no observaban más que la Ley escrita y los que le añadían la Ley oral, los que vivían en torno al Templo y los que, como los esenios, vivían lejos de él, entre los judíos de Judea y los de la numerosísima Diáspora, podrían haberse producido muchos cismas, pero la historia no dio tiempo suficiente. La rebelión de los judíos contra los romanos (66-73), que comportó la toma de Jerusalén y la destrucción del Templo en el año 70, se llevó consigo a saduceos, sicarios, zelotas y esenios. Y dejó frente a frente a los judíos que creían que el Mesías había llegado y los que todavía esperaban.

Las comunidades cristianas de origen judío en Palestina

Trazar la historia de las comunidades cristianas de origen judío en Palestina es hablar del nacimiento del cristianismo, cosa nada fácil; dado el estadio fragmentario de la documentación, nos vemos obligados a proceder por pinceladas sucesivas, sin permitirnos una síntesis real.

Jesús no es el fundador del cristianismo en cuanto religión independiente. Como máximo es el fundador de la comunidad cristiana de Jerusalén en el marco del judaísmo de su época. Referirse a las comunidades cristianas de origen judío en Palestina implica detenerse en los discípulos de Jesús, grandes figuras como Santiago el Justo, Pedro y Pablo, que difundieron su mensaje progresivamente, tanto a través de los medios judíos como a través de los medios paganos.

En el año 30 de nuestra era, en Jerusalén, Jesús de Nazaret, originario de Galilea, que desde hace dos años es predicador itinerante y profetiza la inminencia del reino de Dios, es detenido, juzgado y ejecutado por motivos político-religiosos cuando Poncio Pilato es prefecto de la provincia romana de Judea. Después de la muerte de su maestro, los discípulos, en un primer momento, parecen haberse diseminado por toda Palestina. No obstante, luego los encontramos en Jerusalén, proclamando que ha resucitado «aquel» que fue crucificado. Anuncian unos tiempos nuevos y la realización, cuando regrese Jesús, de la antigua promesa de salvación que el Dios de Israel hizo a los ancestros de su pueblo. Está naciendo un movimiento religioso de orígenes proféticos y tendencias cada vez más mesiánicas, constituido por unos judíos, discípulos de Jesús, que viven de su Espíritu, del que heredan el poder creador, curando a enfermos y expulsando demonios como su maestro había hecho antes que ellos.